

bardos penetraron por los pequeños puertos de los Alpes (La Cluse), en el país de Vallis y Sion (*Sidonense territorium*), y asolaron la comarca del entonces monasterio de Martigny; pero fueron derrotados tan radicalmente cerca de Bex (*Baicis villa*) por los jefes Violico y Teodefedeo, enviados por Gontran, que murieron casi todos, incluso los jefes de las bandas Taloardo y Muccio, consiguiendo salvarse solamente cuarenta individuos (1).

»En el imperio del rey Sigeberto fué reemplazado Jovino, gobernador de Provenza, por Albino, lo cual engendró mucha enemistad entre ellos. Viniendo entonces muchos buques del otro lado del mar á Marsella, los criados (siervos) del arcediano Vigilio hurtaron setenta orzas de grasa, sin que su amo tuviese conocimiento de ello. El comerciante robado hizo diligencias para descubrir el paradero de las orzas, y llegando algo de esto á oídos del arcediano, hizo un registro y encontró el género hurtado; pero quiso encubrir el delito, á fin de defender á sus criados, diciendo: «Jamás ha salido de mi casa nadie con semejante propósito.» Entonces se presentó el comerciante al gobernador Albino, le expuso el asunto y acusó al arcediano como cómplice del robo. Llegó el día de Navidad, y cuando el obispo entró en la iglesia, donde ya le estaba aguardando el arcediano, revestido del alba, para invitarle, según es costumbre, á acercarse al altar y celebrar á la hora debida el oficio del santo día, se levantó Albino de su asiento, se lanzó sobre el arcediano, le sacó de allí á puntapiés y puñetazos, y le hizo encerrar en la cárcel. Ni el obispo, ni los vecinos de la población, ni un notable que estaba presente, ni el clamoreo de todo el pueblo reunido pudieron conseguir que Albino permitiera al arcediano prestar fianza para poder celebrar el santo día con los demás y dejar la acusación para el día siguiente. ¡Tan poco respeto tenía á tan sacratísima ceremonia, que se atrevió á prender en semejante día á un servidor del altar del Señor! El resultado fué que condenó al arcediano á pagar 4,000 florines de oro; pero Jovino hizo comparecer á Albino delante del rey Sigeberto, el cual le impuso una pena cuádruple.»

Es muy característico para comprender el estado de cultura y moral de aquella época que el santo historiador, que refiere con notable satisfacción todo lo que le parece castigo de faltas cometidas contra clérigos y contra cosas y lugares sagrados, no tenga una sola palabra para condenar la ocultación del hurto por un eclesiástico y se alegra de que el funcionario público, por haber cumplido con su deber aunque de una manera demasiado ruda, hubiese de pagar cuatro veces la pena que había impuesto al ocultador culpable. Esto, sin embargo, no significa que San Gregorio aprobara el delito. Dejémosle otra vez la palabra:

«Después de este suceso entraron tres de los treinta y cinco jefes longobardos (2) con sus hordas en la Galia, á saber: Amo, Zaban y Rodan. El primero pasó por Embrun y en la hacienda de Macho (3), en el territorio de Aviñon y propiedad de Múmolos por donación del rey, levantó sus tiendas; Zaban pasó por Dié (*Diensem urbem*) y llegó hasta Valence, donde acampó, y Rodan, finalmente, sitió á Grenoble (Gratianopolitana) y acampó allí. Después Amo se lanzó sobre el país de Arles y sus ciudades, llegando hasta La Crau, pedregal inmediato á Marsella, devastando todo el país, llevándose los ganados y las personas que caían en sus manos y hasta amenazó á los habitantes de Aix con poner sitio á la ciudad; pero se marchó después de haber recibido de

(1) Esta debió ser una de las muchas expediciones de rapiña que tribus sueltas organizaban en todo tiempo, porque ni San Gregorio de Tours ni Pablo Diácono hablan de ella.

(2) Que muerto el rey Clef no tenían ya jefe común.

(3) No se ha podido identificar.

aquellos habitantes veintidos libras de plata. De la misma manera se condujeron Rodan y Zaban en todos los puntos por donde pasaron. Múmolos se dirigió con su ejército en su busca y al llegar al Isero titubeó no sabiendo cómo pasar el río, hasta que acertó á pasarlo un animal, que de esta manera enseñó al ejército el vado. Cuando los longobardos los vieron desvainaron sus espadas y embistieron al enemigo, pero fueron acuchillados y su jefe Rodan, herido de un venablo, huyó á la alta montaña. Después bajó con quinientos hombres que le habían quedado y pasando por selvas casi intransitables se unió con Zaban, que á la sazón asediaba á Valence. Juntos saquearon toda la comarca y emprendieron la retirada en dirección de Embrun; pero allí se encontraron con Múmolos y su numeroso ejército y otra vez fueron acuchillados las masas longobardas. Sus jefes regresaron á Italia con los pocos hombres que les habían quedado, y cuando hubieron llegado á Susa (Sigisium) fueron recibidos como enemigos por los habitantes, porque residía allí Sisinio, general de las tropas imperiales bizantinas.»

Para comprender este último dato hay que saber que los bizantinos conservaban en el Norte de Italia, en el territorio ocupado por los longobardos, varias plazas fuertes como Susa y la isla de Comacina, en el lago de Como, donde las iglesias de la comarca habían puesto á salvo sus alhajas y objetos de valor. Los comandantes de estas plazas, no pudiendo recibir ni socorro ni órdenes del gobierno de Constantinopla, se sostenían como podían en medio de las tribus bárbaras que asolaban el país abierto, y no teniendo medios de combatir, ni ellas interés en tomar aquellos fuertes, debió de existir entre unos y otros una tregua tácita. Así se explica que el jefe de horda Zaban fuese admitido por el comandante de Susa á una entrevista, y que para evitar una colisión este último se valiera de un ardido que solo tratando con un bárbaro ignorante podía dar el resultado que dió, según resulta de la relación de San Gregorio, que continúa como sigue:

«Llegó un criado de Múmolos con carta y recados de su amo á Sisinio cuando Zaban estaba con él, y dijo refiriéndose á su amo: «Sabed que está ya muy cerca.» Al oír esto, Zaban salió corriendo de la ciudad y pasó con su banda de largo, y sabiéndolo Amo reunió todo el botín que había hecho en la expedición y se puso también en marcha; pero grandes masas de nieve le obligaron á abandonar el botín y á salvarse con pocos hombres, porque la fuerza del valiente Múmolos los tenía aterrorizados.»

Esta relación nos prueba que los galo-romanos, pues Múmolos era descendiente de una distinguida familia patricia romana, no estaban tan degenerados ni afeminados como muchos historiadores suponen, para explicar la caída del imperio romano por la corrupción y degeneración de los pueblos que le formaban. El valor impetuoso y brillante que siempre ha distinguido á los franceses lo han heredado de sus antecesores galo-romanos, tanto como de los francos, borgoñones, godos y mas adelante de los normandos. A la vitalidad asombrosa y á la superioridad intelectual y moral del elemento galo-romano se debió también que se borrasen en gran parte las diferencias entre libres y esclavos, según puede inferirse de lo que Gregorio de Tours refiere de un tal Andarquio, que había sido esclavo de un patricio llamado Félix:

«Afecto al servicio personal de su amo, cultivó con él las ciencias y pronto se distinguió por su instrucción, porque conocía perfectamente las obras de Virgilio y los libros de las leyes de Teodosio, así como la aritmética; pero ufano de su saber despreció á sus amos y se acogió á la protección de Lupo, gobernador general de la provincia de Reims. Cuando éste visitó á Marsella por orden del rey Sigeberto, hízose acompañar por Andarquio, y le recomendó tanto al rey que

Sigeberto le tomó á su servicio y le confió muchas misiones hasta en las empresas guerreras. Elevado así á funcionario del gobierno, estuvo también en Clermont-Ferrand, donde trabó amistad con un vecino de la ciudad llamado Urso, de cuya hija se enamoró, y como era hombre de muchos recursos metió en un arca que servía para documentos su maza de guerra y dijo á la madre: «En esta arca tengo mas de 16,000 sueldos de oro que me pertenecen. Te entrego, pues, el arca y será tuya si consigues que me sea dada tu hija por esposa.» La mujer lo creyó todo y prometió, estando ausente su esposo, darle á su hija. Andarquio fué á ver al rey, y después entregó al juez del pueblo una orden escrita por el rey mandando darle la doncella por esposa. Además dijo al juez: «Al verificar los esponsales entregué las arras.» Llamado el padre de la joven negó que se hubiera hecho tal entrega, y dijo: «Ignoro quién eres y de dónde eres, ni nada he recibido de tu hacienda.» Esto dió lugar á una disputa entre los dos, la cual se agrió tanto que Andarquio pidió que Urso fuese con él á dirimirla ante el rey. Cuando Andarquio llegó á la hacienda de Braine, encontró á un hombre que se llamaba también Urso, y le hizo conducir sigilosamente delante del altar y decir y jurar: «Por este sitio sagrado y por los restos de los mártires bienaventurados juro que si no te doy á mi hija por esposa te restituiré acto continuo las 16,000 monedas de oro.» Estas palabras fueron oídas por testigos que estaban ocultos en la capilla, pero que no podían ver al que juraba. Hecho esto, tranquilizó Andarquio al Urso verdadero y consiguió con sus buenas palabras que se volviera á su país sin haber visto al rey. Luego hizo poner aquel juramento por escrito y cuando el padre de la joven había regresado ya á su casa lo presentó al rey diciendo: «Esto me ha dado Urso por escrito y por esto solicito de vuestra magnificencia una orden para que me dé á su hija por esposa ó me permita resarcirme de su propiedad hasta que haya recobrado mis 16,000 monedas de oro y zanjado este asunto.»

Lo que aquí no se comprende es cómo los contrincantes del astuto Andarquio no abrieron aquella arca para asegurarse de su contenido. Al mismo tiempo se vé cómo entonces las astucias mas groseras bastaban para obtener del rey una orden, y hasta qué grado los cortesanos podían abusar de su posición. Es necesario tener esto presente en la historia del reino franco para comprender los abusos monstruosos de aquella época y el insignificante resultado que produjeron las disposiciones mas discretas, hasta las de Carlomagno.

«Cuando Andarquio tuvo la orden que había solicitado del rey, regresó á Clermont y la enseñó al juez. Urso se fué á la tierra de Velay; su propiedad fué entregada á Andarquio, y entonces éste marchó á la misma tierra y entró en una de las casas de Urso, mandando que se le preparase la comida y se calentase agua para bañarse. Los esclavos no querían obedecer, pero se lanzó sobre ellos á palos y azotes y aun á algunos tocó la cabeza, haciendo saltar la sangre. Consternados al fin prepararon la comida, y Andarquio, después de tomar el baño, se embriagó y se echó en el lecho. Llevaba consigo siete criados, y cuando éstos también, rendidos de cansancio y por el vino, dormían profundamente, reunió Urso á su servidumbre propia, cerró las puertas de la casa, que eran de tablas, quitó las llaves, rodeó la casa de haces de trigo hasta cubrirla completamente y le pegó fuego por diferentes costados. Los de dentro no despertaron hasta que las vigas encendidas cayeron sobre ellos. Nadie hizo caso de sus gritos, y el fuego redujo á ellos y la casa á cenizas. Urso, atemorizado, buscó asilo en la iglesia de San Julian; pero habiendo enviado al rey ricos presentes le fué restituida toda su propiedad.»

Esto sucedió en el año 573, en el cual fué elegido obispo

de Tours San Gregorio, autor de esta narración, que había nacido en 540 y murió en 17 de noviembre de 594.

«Clodoveo, hijo de Chilperico, — sigue narrando el mismo escritor, — expulsado de Tours se dirigió á Burdeos, donde estableció su residencia; cuando mas seguro se creía le atacó súbitamente Sigulfo, partidario del rey Sigeberto, que le persiguió con trompetas y clarines, como se persigue á un ciervo; y Clodoveo solo con grandísimo trabajo pudo llegar pasando por Angers á la corte de su padre.

»Surgió una divergencia entre los reyes Gontran y Sigeberto, y el primero reunió todos sus obispos en Paris (1) para que decidiesen quién tenía razón, pero estaba decidido que la guerra civil había de encontrarse todavía mas, por cuya razón y para castigo de nuestros pecados, los reyes no escucharon á los obispos.»

En lo que precede vemos otro ejemplo de la idea que entonces se tenía de Dios y de su gobierno, pues se suponía que la divinidad, para castigar á los pecadores, necesitaba que los reyes no escuchasen á los obispos.

«No habiendo producido efecto la intervención del concilio, Chilperico, lleno de ira, probablemente por la persecución de su hijo Clodoveo, envió á su hijo mayor Teudeberto, que había jurado no hacer nada contra Sigeberto cuando éste le había hecho prisionero, con el encargo de apoderarse de las ciudades de Tours, Poitiers y las demás hasta el Loira. Cerca de Poitiers dióse la batalla entre Teudeberto y Gundobaldo; éste huyó y aquel hizo una gran matanza, quemó una gran parte de la comarca de Tours y, si los habitantes no se hubiesen sometido á tiempo, lo habría destruido todo, llevando á todas partes los horrores de la guerra. De allí pasó al territorio de Limoges, de Cahors y las otras comarcas de aquel país, asolando y destruyendo cuanto encontraba. Quemó las iglesias, se llevó los bienes muebles del clero, saqueó los conventos, destruyendo los de los monjes y cometiendo excesos en los de las mujeres, degolló á los eclesiásticos y devastó todo, de suerte que entonces hubo mas lamentos en las iglesias que en tiempo de la persecución de Diocleciano.» A esta relación añade San Gregorio la siguiente consideración histórico-filosófica, muy interesante para formar idea de toda aquella época.

«Aun hoy nos asombramos de que cayeran semejantes calamidades sobre esta gente (los francos, en especial los merovingios); pero recordemos lo que hicieron sus mayores y comparémoslo con lo que han hecho ellos. Sus mayores se convirtieron después de oír los sermones de los obispos, pasando de los templos idólatras á las iglesias, y éstos han sacado de ellas cada día nuevo botín; aquellos veneraron con todo su corazón á los obispos del Señor, y éstos no solamente no los escuchan, sino que hasta los persiguen; aquellos enriquecieron los conventos y las iglesias, y éstos los destruyeron. ¿Y qué diré del convento de Latta (hoy Ciran-la-Latte, cerca de Sivré y Neuilly), donde están las reliquias de San Martín? Llegó una banda de enemigos, y cuando los bárbaros iban á pasar el río, les gritaron los monjes: «¡No paseis, bárbaros (francos), no paseis, porque este es un convento de San Martín!» Cuando esto oyeron, volvieron muchos atrás movidos por el temor del Señor, pero unos veinte que no temían á Dios ni respetaban al santo confesor, entraron en un barco, pasaron el río é impulsados por el maligno espíritu aparearon á los monjes, destruyeron el convento, se apoderaron de cuanto había, hicieron líos con el botín y los metieron en la embarcación. Cuando estuvieron en el río se balanceó la embarcación, y la corriente los llevó á una parte y á otra, y habiendo perdido los remos procuraron servirse de las as-

(1) El concilio de Paris de 573.

tas de sus lanzas, apoyándolas en el fondo del río para ganar la orilla; pero entonces se abrió el fondo de la embarcación y cada uno de ellos cayó sobre la punta de su propia lanza. De esta manera murieron todos atravesados por sus propios venablos, menos uno que quedó ileso y que les había reprendido y avisado. Si ahora alguien creyere que esto fué casualidad, que considere que entre tantos culpables solo se libró el único inocente. Cuando aquellos bárbaros habían perecido de la manera dicha, los monjes les sacaron con los efectos robados del convento, sepultaron los cadáveres y volvieron los efectos al monasterio.»

Bueno es recordar aquí que Clodoveo y sus sucesores enriquecieron iglesias, pero asesinaron ó hicieron lo posible para asesinar á sus parientes mas próximos; pecados mucho mayores humana y cristianamente considerados que las atrocidades cometidas contra conventos é iglesias, atrocidades muy comunes, segun el derecho de guerra de aquella época. Pero antes que la moral humana y que la verdadera moral cristiana era para el honrado obispo Gregorio la eclesiástica; y por esto el saqueo de un convento, en el cual se conservan algunos huesos de San Martin, por guerreros bárbaros, le parecía un crimen que pedía á Dios venganza, mucho mas que el asesinato infuente de los sobrinitos por sus propios tíos, que enriquecían los conventos, y mucho mas que la quema de Gram con sus inocentes mujeres por el piadoso Childeberto I. Esta moral eclesiástica, destructora de la moral cristiana y humana, es tanto mas característica para la época cuanto que sale de la pluma de un varon tan honrado y excelente como el obispo de Tours. San Gregorio en su obcecacion eclesiástica miró como recompensa divina las ventajas que obtuvo Clodoveo con sus falacias y asesinatos infames, solo porque era fervoroso católico, mientras que consideró como castigo de Dios las atroces calamidades de la guerra que sufrieron los habitantes inocentes porque los soldados bárbaros saqueaban las iglesias y no hacían caso de las reliquias, crímenes peores para la moral eclesiástica que las horribles iniquidades de Clodoveo, Childeberto y Clotario. Mientras prevalecieron estas ideas sobre el gobierno del mundo, jamás pudieron prosperar la justicia, el Estado ni la moral humana y social cuando estuvieron en conflicto con la Iglesia.

Sigamos ahora la narracion de San Gregorio:

«Entretanto, el rey Sigeberto llamó á las armas á sus pueblos del otro lado del Rhin para marchar contra su hermano Chilperico, el cual, al saberlo, envió mensajeros al otro hermano Gontran y ambos se prometieron sostenerse mutuamente. Cuando Sigeberto llegó con aquellos pueblos en frente de la hueste de Chilperico, no sabía cómo pasar el Sena (1) para atacarla. Entonces envió recado á Gontran, diciéndole: «Si no me dejas pasar el río en la parte de tu territorio, caeré sobre tí con todo mi ejército.» Gontran se espantó (porque era inconsecuente y débil, pero no tenía ni sombra de la perversidad de Chilperico); se alió con Sigeberto y le dejó pasar. Al conocer Chilperico que Gontran había abandonado su causa y se había pasado á Sigeberto, levantó su campamento y se retiró hasta Avallocium (2), aldea en el territorio de Chartres; Sigeberto le siguió y le envió á decir que designara el campo de batalla (costumbre antigua de los guerreros germánicos); pero el otro, temiendo que si en la batalla ambos ejércitos se destruyesen podría el reino franco derumbarse, solicitó la paz.»

(1) Antes se creyó que debía de ser el Saona; pero Guadet y Taranne han probado, por medio de otros pasajes de Gregorio de Tours en *Glor. Martyr.*, 72, y *De miraculis S. Martini*, que el suceso ocurrió á orillas del Sena.

(2) Hoy Alluye, segun Ruinart.

No es probable que Chilperico tuviese semejante pensamiento elevado; es mas verosímil que tuviese miedo á los guerreros del otro lado del Rhin que llevaba su hermano, porque de otro modo no le habria hecho asesinar poco despues, atendido que con esto quitaba una columna del reino franco. La guerra, sin embargo, continuó, y los contemporáneos supusieron que la reina Brunequilla instaba á su esposo para vengar á su hermana. En una carta que todavía se conserva, escrita por San German, obispo de Paris, á la reina, se esfuerza el obispo en apartar el peligro; Radegunda también intervino á favor de la paz, y Chilperico restituyó las ciudades que había conquistado, por orden suya, su hijo Teudeberto y hasta suplicó á Sigeberto, lo cual no era de ninguna manera conforme con su carácter y modo de proceder, que en todo caso no castigara á los habitantes, pues que él les había obligado á sangre y fuego á someterse.

«Las aldeas inmediatas á Paris, — sigue diciendo San Gregorio, — fueron incendiadas despues de saqueadas y los vencedores se llevaron prisioneros á sus habitantes. El rey Sigeberto suplicó á sus guerreros que no hicieran tanto daño, pero no pudo enfrenar la ferocidad de los pueblos que había llevado del otro lado del Rhin y tuvo que dejarles hacer hasta que pudo regresar á su país. Muchos de aquellos bárbaros le reconvinieron por haber evitado la batalla decisiva; pero él, intrépido como era, montó á caballo y los calmó con buenas palabras, sin perjuicio de hacer lapidar despues á muchos de ellos.»

La pena de muerte por lapidacion no se encuentra en los pueblos germánicos mas que entre los francos y los que habitaban la Suecia y la Noruega. Por lo demás, tenemos aquí, en el año 574 ó 575, un caso semejante al que ocurrió cuando el reparto del botín y del jarron de Soissons en el año 486, en que vimos que cada guerrero germánico era tanto como el rey, cuya autoridad duraba solamente lo que la expedicion, y concluida ésta y repartido el botín podía el jefe vengarse de los discólos é impertinentes, pero no castigarlos.

Hecha la paz entre los dos hermanos, dice el obispo de Tours: «Para que nadie pudiese dudar que esto (la paz sin batalla campal) se había efectuado por la intervencion milagrosa de San Martin, tres paralíticos recobraron aquel mismo día, en la basílica del santo, el uso de sus miembros.» Es decir que, en aquel tiempo, toda coincidencia casual servía como milagro, el cual no perdía mérito aunque como entonces la paz maravillosa no llegara á durar un año, porque á renglon seguido dice aquel historiador ingénuo, pero sinceramente conmovido: «El dolor traspasa mi corazón al tener que seguir hablando de esta guerra civil; porque un año despues, Chilperico envió otra vez una embajada á su hermano Gontran, diciendo: «Que venga mi hermano, á fin de que nos veamos y nos reconciliemos y persigamos á nuestro enemigo Sigeberto.» Despues de haberse visto y haberse hecho ricos regalos, Chilperico llamó á su gente á las armas y avanzó hasta Reims, incendiando y asolándolo todo. Sigeberto volvió á llamar también á sus pueblos del otro lado del Rhin (tan temidos de los francos de la Neustria y que eran refractarios á todas las tentativas de Chilperico para sobornarlos) y marchó con su hueste sobre Paris. Al mismo tiempo mandó á los habitantes de Dun (hoy Chateaudun) y de Tours que marcharan contra Teudeberto (que probablemente mandaba una parte de las fuerzas de su padre y operaba independientemente de él); pero como tardaron á hacerlo les envió los jefes Godigiselo y Gontran (que despues fué llamado Gontran Boso) para acaudillarlos. Estos jefes reunieron la hueste y marcharon contra Teudeberto, que abandonado de casi todos los suyos se adelantó impávido á su encuentro con los pocos que quedaron con él. Teudeberto

fué vencido y murió; los enemigos, triste es decirlo, despojaron su cadáver, pero fué recogido y lavado por un tal Arnulfo, y luego, vestido decentemente segun su clase, fué sepultado en la ciudad de Angulema. Chilperico, cuando supo que Gontran se había reconciliado otra vez con Sigeberto, se retiró con su esposa é hijos á Tournay, donde se fortificó.

»En aquel año se volvió á ver un gran resplandor en el cielo como se había visto poco antes de la muerte de Clotario (lo cual probablemente se interpretó esta vez por un presagio de la próxima muerte de Sigeberto). Sigeberto, entretanto, fué tomando ciudades hasta Paris, avanzó hasta Ruan y quiso entregarlas todas á los «enemigos» (es decir, á los germanos del otro lado del Rhin que formaban su hueste), pero los suyos (sus guerreros francos) le impidieron hacerlo, porque los germanos de la orilla derecha del Rhin eran gentiles en su mayor parte. Entonces regresó á Paris, donde se reunió á él Brunequilla con sus hijos. Al poco tiempo recibió una embajada de los francos que habían tenido á Childeberto I por caudillo, invitándole á que pasase á su país.» Estos francos, en virtud de su independencia individual y de su derecho de elegir por jefe á quien mejor les pareciera, querían nombrar á Sigeberto en lugar de Chilperico, pero la mujer de éste, Fredegunda, sospechando el peligro, trabajaba ya para evitarlo.

«Sigeberto envió entonces fuerzas contra su hermano en Tournay, con intencion de pasar también allí y sitiar á Chilperico; pero el santo obispo German de Paris le dijo: «Si te vas y no tratas de matar á tu hermano, regresarás victorioso y vivo; pero si sales de Paris con otras intenciones, perecerás, porque el Señor dijo por boca de Salomon: «El que cavare una fosa para su hermano, caerá dentro de ella.» Sigeberto no hizo caso, por nuestros pecados, de este aviso, y cuando llegó á la hacienda llamada Vitry (1), donde se reunió toda la hueste (es decir, los francos de aquellos territorios que querían elegir por caudillo á Sigeberto en lugar de Chilperico), fué levantado sobre el pavés y elegido rey; pero entonces se le acercaron dos criados, sobornados por Fredegunda con malas artes, como para comunicarle algo, y le hundieron cada uno en un costado un fuerte cuchillo envenenado llamado *seramasax*. Sigeberto dió un grito, cayó y pronto dejó de existir (en el año 576).

»Allí murió también Carigiselo, su camarero; y Sigila, que había llegado de la Gotia (el país de los visigodos), quedó cubierto de heridas y luego cayó en poder de Chilperico, el cual mandó quemarle con hierros candentes todas las coyunturas y arrancar un miembro tras otro hasta que murió. Carigiselo era persona liviana é interesada, que pensaba sólo en su interés. De humildísima condicion, se hizo grande al lado del rey con sus adulaciones. Para apropiarse bienes ajenos falsificó testamentos, y acabó de la manera dicha, sin que Dios le permitiera cumplir su última voluntad, ya que tantas veces había inutilizado la última voluntad de otros.

»Entretanto Chilperico estaba muy angustiado, sin saber si escaparía del peligro ó si sucumbiría, porque entonces eran muchos los francos que habían abandonado la causa del mal rey, y los de sus dominios hereditarios se habían pasado á Sigeberto, que le estaba sitiando en Tournay.»

Que la situacion de Chilperico era desesperada, resulta también de un pasaje de su panegirista Venancio Fortunato, sobre todo despues de haber sucumbido su hijo, que había mandado su ejército mejor, ó quizás único, porque la historia no menciona ningun otro.

Entonces Fredegunda dió á luz un hijo, y viéndose en tan grave peligro y con la muerte segura delante, se separó del

(1) Entre Douay y Arras á orillas del Scarpe, segun Miracus y Ruinart.

niño y quiso que le mataran; pero Chilperico, algo mas humano que su mujer, la reprendió é impidió que consumara aquel acto criminal de desesperacion. El niño recibió el nombre de Sanson, y probablemente fué bautizado por el obispo Crasmaro, que lo era de Tournay y de Noyon ó Vermandois. En tan terrible situacion, llegaron mensajeros que enteraron á Chilperico de la muerte de su hermano; y entonces salió de la ciudad con su mujer é hijos en busca del cadáver de Sigeberto, y le hizo vestir y sepultar en la aldea de Lambres (2), de donde despues fué trasladado el cadáver á Soissons y sepultado al lado de su padre Clotario en la iglesia de San Medardo, que él mismo había hecho construir. Murió á la edad de 40 años y en el décimocuarto de su reinado, pues que Clotario murió en el año 561.

Estos sucesos y el juicio que sobre ellos hacen los escritores, y en general el pueblo contemporáneo, dan lugar á consideraciones curiosísimas.

Ya no nos sorprende que Venancio Fortunato, «el cantor piadoso,» cuyo silencio respecto del asesinato de Galsuinta hemos hecho resaltar, no manifieste esta vez sino regocijo despues de los sucesos últimamente referidos, y no encuentre bastantes palabras para ensalzar (3) á su amo y á su esposa la reina Fredegunda, mujer disoluta y sanguinaria de la cual dice: «Enaltece al país con su conducta y lo gobierna con su esposo, previsora en sus consejos, atenta al porvenir, enérgica, discreta, de inteligencia poderosa, útil á la corte, dádiosa, adornada de todas las cualidades mas bellas, cuya faz irradia la dicha; te ayuda Fredegunda (oh Chilperico) á llevar la carga demasiado pesada del reino; te hace prosperar con su talento y bondad, y con su cooperacion florece la honra de tu casa.» El citado autor, que posteriormente fué obispo de Poitiers, escribió estas frases inmediatamente despues del asesinato de Sigeberto, en el poema en que celebra la salvacion de los reyes sitiados, si bien debía saber forzosamente que el asesinato había sido dispuesto por Fredegunda. Lo mas curioso es que Fortunato era persona sinceramente devota y creyente, que nada tenía de hipócrita, y que con toda buena fe atribuye la salvacion de sus malvados soberanos á la intervencion de Dios, de donde podría deducirse que, en su concepto, Dios había inspirado y protegido el fratricidio.

Gregorio de Tours, en cambio, confiesa francamente que la reina Fredegunda fué la verdadera autora del asesinato, pero dice que, «para castigo de nuestros pecados,» pereció el rey Sigeberto porque no había hecho caso del aviso profético del obispo Germano, único crimen de que podía acusarse en aquel momento, pues aun no había tenido ocasion de atentar á la vida de su hermano, su encarnizado enemigo. La profecía del obispo de Paris debía cumplirse á todo trance, y para mayor injusticia murieron con el rey dos de sus servidores, uno de los cuales había falsificado testamentos y por tanto debía morir sin testar por disposicion divina, segun el obispo de Tours.

Esta teoría monstruosa era consecuencia de la filosofía de la historia enseñada por San Agustin, la cual ha dominado en toda la Edad media y extraviado el raciocinio y la filosofía del derecho.

CAPITULO VI

DESDE LA MUERTE DEL REY SIGEBERTO HASTA LA DEL REY CHILPERICO, Ó SEA DESDE EL AÑO 576 HASTA 584

Sigeberto fué, indudablemente, el mejor y el mas capaz de los tres hermanos. No tenía la sensualidad bestial ni la fero-

(2) Entre Cambay y Arras á orillas del Scarpe. — Ruinart.

(3) En su *Carminum*, IX, 1 hasta 5.